

POPULISMO E IDENTIDADES SOCIALES EN VENEZUELA (LA CONSTRUCCION DEL ORDEN POLITICO)

Luis Ricardo Dávila

Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina,
Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela
e-mail: davilap@ula.ve

RESUMEN: El artículo coloca en perspectiva histórica aquellos discursos que permitieron la construcción del orden populista en Venezuela (1945-1948). Se argumenta que el mismo ha sido una importante forma de institución de lo político, dando lugar a la formación de nuevas identidades sociales. Al examinar los intentos de renovación de este orden bajo los últimos gobiernos de Pérez y Caldera, definidos por el término neo-populismo, se muestra la imposibilidad tanto de renovarse como de constituir nuevas identidades colectivas. Lo cual generó las condiciones para la irrupción de la actual situación nacional. **Palabras claves:** Discurso, populismo, identidades populares, Estado rentista, proyecto político-ideológico.

POPULISM AND SOCIAL IDENTITIES IN VENEZUELA (THE CONSTRUCTION OF POLITICAL ORDER)

ABSTRACT: The article seeks to outline the main elements through which a populist political order was built in Venezuela (1945-1948). It will be argued that the constitution of populist politics meant a very important form to articulate new social identities. Then it will turn to the latter Pérez and Caldera showing the basic schemes to reconstitute politics and reshape collective identities in a neo-populist way. The impossibility to achieve it cleared the way to the arrival of Chávez at power. **Key Words:** Discourse, populism, popular identities, rentier state, substantive political-ideological project.

INTRODUCCION

En los inicios de un nuevo siglo, la política venezolana vive un momento estelar que puede ser caracterizado de la manera siguiente: el viejo orden populista ha impuesto sus principios en un momento en que la democracia representativa vió menguada su capacidad hegemónica y fragilizado su funcionamiento. Luego del intento --a partir de 1989-- por relevar el viejo populismo y construir lo que algunos autores han llamado el “neo-populismo” (Mackinnon y Petrone, 1998) de corte neo-liberal, la pérdida de apoyo popular a los partidos políticos hegemónicas en los años siguientes desestabilizó de tal manera la democracia como forma política dominante desde 1958 que permitió el resurgimiento del espectro del militarismo. Luego de superar las asonadas armadas de 1992, el propio sistema democrático extremó las condiciones necesarias, nunca suficientes, sobre las que ocurriría el retorno del viejo sistema populista de interpelación nacional-popular, fundamentado, como en sus orígenes, en una alianza cívico-militar.

Si éste construyó --desde aquel 18 de octubre de 1945-- su fortaleza y estabilidad mediante la puesta en obra de la moralidad administrativa, la democracia efectiva, el

nacionalismo económico, la soberanía popular (a través del sufragio universal y el funcionamiento del sistema de partidos), su contenido mismo se fue disipando. Desde los levantamientos sociales de 1989, pero con más fuerza luego de 1992, múltiples desarrollos convergieron debilitando los objetos y los modos de expresión de la voluntad popular: corrupción civil y militar, tráfico de influencias, ausencia de principios éticos en las instituciones fundamentales, desprestigio de los partidos políticos y de la mayoría de sus líderes, la impunidad ante la corrupción, el cinismo y la mentira como políticas de Estado. A partir de 1998, para algunos actores políticos, sobre todo las viejas agrupaciones de izquierda y ciertos sectores militares, la situación luce propicia para remozar el discurso de la renovación democrática, moralizar sus prácticas, fortalecer el poder del estado de derecho y acrecentar la presencia del “pueblo soberano”. Pero otros actores --los desplazados del poder-- se alarman de lo que sus ojos ven como una decadencia preocupante de la voluntad general y el retorno del militarismo, pronosticando sombríamente el fin de la democracia a la venezolana.

Mientras tanto numerosos trabajos académicos (ver referencias) han intentado seriamente en los últimos años el análisis y descripción de los avatares del sistema político venezolano, buscando contribuir a formular y resolver sus interrogaciones. El objetivo de este artículo no es tanto engrosar esta vasta producción intelectual. Acaso sea demasiado pronto para proceder a un análisis global de un proceso político que apenas comienza a mostrar raíz y rostro. Más bien intentaremos dar una perspectiva amplia sobre el populismo democrático en Venezuela y su contribución a la formación de las modernas identidades. Populismo e identidades sociales son, pues, variables que consideramos claves para interpretar el pasado inmediato del país y para restituir la verdadera dimensión del estado político actual. El lector no encontrará un análisis de la llamada Va República sus debates y conflictos. El objetivo es más bien tomar las cosas desde su fondo histórico para así esclarecer los elementos que han conducido al desencanto, estableciendo aquellos materiales con los que se ha comenzado a construir un nuevo orden político luego de las elecciones de diciembre de 1998.

DISCURSO POPULISTA, ESTRUCTURA E INSTITUCIONES

El advenimiento de los partidos populistas en América Latina durante las décadas de 1930's y 1940's, con todo y su inherente discurso nacional-popular y anti-*status quo*, introdujo estrategias de movilización de masas donde el elemento común fue el llamado directo al “pueblo”. Si bien esta noción de pueblo no es un terreno estable sobre el cual erigir nuevo lenguaje y estilo político, sí fue una suerte de terreno de contención para legitimar las representaciones popular-democráticas de ese fantasma lógico mejor conocido como la soberanía popular. La fuerza retórica del llamado al pueblo fue un componente común de todos los partidos populistas de la región, esencial tanto para el proyecto político-ideológico del populismo como para constituir la identidad de ese pueblo. De hecho, el poder del pueblo podría medirse por la capacidad de exceder su posición de objeto de disputa para emerger como el sujeto único capaz de articular¹ la unidad política (y nacional) con que se enfrentaría a las oligarquías tradicionales.

Así las cosas, ¿dónde reside esa fuerza del pueblo como agente de unidad y representación nacional? Precisemos que no es mi intención tratar el concepto de

¹ Por articulación definimos cualquier práctica que establezca una cierta unidad entre elementos dispersos o antagónicos.

populismo o el análisis teórico que lo explique. Más allá de las distintas aproximaciones al fenómeno: la funcionalista (Di Tella, 1965 o Germany, 1962), la descriptiva (Canovan, 1981) o la teórica (Laclau, 1977), pareciera haber un consenso sobre el doble elemento substantivo del discurso populista: **uno**, la construcción del pueblo como sujeto político, y **dos** las posiciones anti-oligárquicas². A nivel teórico, mi argumento es que el populismo consiste en la construcción discursiva de una unidad popular-democrática que actuando dentro de un complejo de antagonismos busca negar y oponerse a la ideología dominante. En este sentido, hacemos nuestra la posición de Laclau quien rechaza la reducción de lo popular a un “término vago notable” --como se sostiene por lo general -- que puede llenar cualquier contenido que persiga el alcance del poder.

El problema es, entonces, cómo simples individuos son convertidos en sujetos. O, en otras palabras, cómo lo determinado es presentado como determinante. Esto tiene que ver con la configuración social de los individuos, proceso que algunos autores (Foucault) ha denominado “sujetivación”. Si bien esto ocurre a través del proceso de interpelación que forma los ejes y organiza los principios de todo discurso ideológico, también es posible identificar la red compleja de organización simbólica e institucional que hace eficaz el llamado al pueblo, configurándole socialmente. Más allá de su dimensión estrictamente ideológica, el populismo encuentra soporte en sus estructuras institucionales y discursivas. Tal como Paul Cammack (2000: 152) ha señalado: “Debemos prestar tanta atención a las implicaciones institucionales del populismo como a su contenido discursivo y estructural. Su completo análisis ha de operar en tres niveles: estructura, instituciones y discurso”.

Como resultado, la interpelación del pueblo, esto es, su constitución en sujeto de las transformaciones, presupone un proceso de articulación discursiva de las aspiraciones populares y una desarticulación de todo aquello que se le opone. Así, analizar la lógica de la construcción del orden político populista en Venezuela requiere tomar en consideración al menos cuatro categorías: 1- Contexto histórico general; 2- Las instituciones políticas y sociales mediante las cuales el populismo opera; 3- Las coyunturas específicas donde el populismo emerge; 4- El proyecto político-ideológico desde el cual es realizado el llamado al pueblo.

EL CONTEXTO HISTORICO DEL POPULISMO VENEZOLANO

Entender las especificidades del populismo venezolano tal como emerge *prima volta* entre 1945 y 1948, exige recordar algunas tendencias históricas e institucionales presentes en el escenario nacional desde el régimen de Juan Vicente Gómez (1908-1935). Aquel progreso material anhelado por los gobernantes del último tercio del siglo XIX, llegaría durante el gomecismo con el advenimiento del petróleo. Algunos de los logros registrados en las primeras décadas del siglo XX podrían resumirse en: 1- Consolidación del Estado liberal centralizado; 2- Creación del marco institucional que permitió la modernización del Estado (eg., finanzas públicas, política fiscal y educativa, hacienda pública e inversiones extranjeras); 3- Modernización de la estructura interna

² Para Laclau, las interpelaciones populares contra el bloque de poder. Para Di Tella el apoyo popular que defiende “una ideología anti- status quo”. Por su parte, Canovan concluye que “todas las formas de populismo sin excepción contienen algún tipo de exaltación del pueblo y todas son en un sentido u otro anti-elitistas” (1981: 294).

de poder mediante la institucionalización del ejército; 4- Organización de aquellos aspectos jurídicos que permitieron el inicio de la explotación petrolera en condiciones ventajosas para la nación; 5- Aniquilamiento del “fiero caudillaje” decimonónico y fundación de la paz que reafirmaba la existencia del Estado nacional.³

Venezuela, por lo tanto, bajo el ejercicio autocrático del poder logró consolidar su unidad política, pacificar el orden social y preparar la modernización económica. Estos procesos serían aquellas precondiciones sobre las que se articulará el discurso popular-democrático de los partidos populistas. Ahora bien, si uno de los elementos comunes al populismo es --como ya lo hemos señalado-- la construcción del pueblo como soporte fundamental de las instituciones, cabe preguntarse por la condición de esta construcción en el contexto de las instituciones y de una sociedad como la venezolana. Su contexto no es sólo el del capitalismo periférico y dependiente o el de la transición de una sociedad agraria-caudillista a otra industrial-moderna, sino más específicamente: el ser un país exportador de petróleo dentro del sistema capitalista.

Esto implica que su naturaleza, en el ámbito de una economía petrolera, tenga efectos institucionales relevantes para el proyecto político-ideológico populista. Por lo general se acepta que las instituciones más importantes del populismo latinoamericano son: el Estado y el partido político de masas. Sin embargo, no hemos de obviar que el contenido y la forma de ambas varían de contexto a contexto. Examinemos la naturaleza de ambas instituciones para el caso venezolano.

El Estado Rentista

Para comprender el proceso histórico del populismo en Venezuela es preferible entender al Estado más como “aparato de poder político” (Sosa, 1988: 249) que como institución jurídico-constitucional adaptada al *deber ser* previsto en la Constitución y las Leyes. La gran palanca de ese aparato de poder ha sido la renta petrolera. Esta no es otra cosa que el precio pagado al Estado por las compañías petroleras establecidas en el país, por el derecho a explorar y explotar los recursos petroleros nacionales. En este sentido, renta petrolera es sinónimo de una transferencia internacional unilateral⁴ que contiene dos relaciones de la mayor importancia: 1- Entre el Estado (actuando como propietario de un bien y como soberano para propósitos fiscales) (Mommer, 1986) y las compañías petroleras quienes arriendan el uso de un objeto que pertenece a otro. En torno a la aspiración a percibir la mayor renta posible por parte de ese Estado se va formando un “capitalismo rentístico” (Baptista, 1997) que conjugará todos los factores importantes que conforman la dinámica política y social del país luego de 1920; 2- La otra relación se da entre el Estado rentista y la nación, donde la dinámica viene determinada por la distribución de la renta petrolera, esto es, por el destino final de esa transferencia internacional de valor. La lógica acá ocurre en torno a la habilidad política del Estado para distribuirla entre las diferentes fuerzas políticas y sociales internas.

³ Es de notar que bajo el régimen de Gómez la paz no fue sólo fruto de la imposición del poder mediante el uso de las novedosas Fuerzas Armadas Nacionales, más importante aún: “la paz vino de la libre y firme voluntad del pueblo de mantenerla” (Gómez, 1970: 396).

⁴ Es decir, la renta petrolera es un componente externo a la economía nacional. Esto hace que su manejo sea el mismo independientemente del régimen político imperante, sea democrático-populista o dictatorial (Sosa, 1988: 250).

A este respecto, tres elementos son decisivos: a- Las diferentes posiciones y estrategias discursivas de los dirigentes del Estado concerniente al uso de la renta petrolera; b- La correlación de fuerzas entre el Estado y los sectores políticos y sociales; c- La expresión de esta correlación en el sistema político.

Esta doble relación define la naturaleza del Estado Rentista, una de las instituciones --y agente social-- más importante en un país exportador de petróleo como Venezuela. La estructura social y de poder misma, en cada uno de sus intersticios, no será al final más que una cabal expresión de la renta petrolera en manos del Estado puesta a circular por el gasto público. El Estado venezolano se conformó como instrumento populista, receptor y distribuidor exclusivo de la renta petrolera. Su modo de intervención es rentista y populista en cuanto asume la representación del pueblo. Pero haciendo esto, en la realidad sustituye la lucha de los intereses populares, porque el Estado rentista actúa en su nombre dando por sentado que sus decisiones y acciones satisfacen las demandas populares (Sosa, 1988: 250). Tras definir el gran rumbo económico del país, el Estado se ocupará de la creación del pueblo y será también el gran articulador de aquellos antagonismos políticos derivados de la entrada de las masas en la arena política, a través de la emergencia de los grandes partidos populistas y de su control del aparato estatal.

“El Partido del Pueblo”

En el país es posible ubicar los comienzos de los partidos y la ideología populista en 1928, cuando un grupo de estudiantes --mejor conocidos como “la generación del 28”-- se rebeló abiertamente contra el régimen autocrático de Gómez. Algunos autores enfatizan que el populismo venezolano nació como resultado de la disgregación entre los deseos de cambio de algunos intelectuales de la clase media urbana y el atraso de la organización sindical (Ellner, 1982: 135). El descontento estudiantil fue motivado por la creencia de que en el país existían condiciones favorables para la organización de los sectores populares dentro de causas socialistas y anti-imperialistas. El logro de esto exigía la creación de un moderno partido político, estructuralmente distinto de los llamados “partidos históricos” existentes en Venezuela durante el siglo XIX. El problema en discusión era, entonces, qué tipo de partido político, cuál ideología, cuál organización, cuál estructura habría de ser creada. Y estas cuestiones adquirirían la mayor importancia si pensamos que luego de 1936 los partidos fueron los arquitectos *par excellence* de las identidades nacional-populares y de los discursos populistas. Esto es, los partidos serían los diseñadores del complejo de interpelaciones constitutivas del pueblo como sujeto en su oposición al bloque de poder.

Desde un comienzo, Betancourt, miembro de la generación del 28 y futuro fundador de AD, propuso el partido policlasista, cuyos cuadros podrían representar los intereses de una gran variedad de sectores sociales, incluyendo las burguesías nacionales: “un partido capaz de agitar y llevar hasta sus últimos extremos las grandes cuestiones nacionales... ligando las reivindicaciones políticas, de orden democrático, con las exclusivamente económicas...” (Betancourt, 1932: 177).

Subordinando la ideología a las prácticas estratégicas, y basados en las particulares condiciones de Venezuela, las posiciones discursivas de Betancourt exhibían tres rasgos: posiciones nacionalistas y anti-imperialistas, impulso a la formación del partido policlasista y efectividad de las prácticas democrático-electoral de manera de

interpelar y constituir las identidades de los sujetos populares contra la oligarquía en el poder.

Lo demás vendría por sí solo. El 13 de septiembre de 1941, los principales líderes agrupados en la corriente doctrinaria social-demócrata presentaron ante la opinión pública el primer gran partido populista (AD) cuyo discurso marcaría una ruptura con el pasado político nacional. La nueva institución “nace armada de un programa que interpreta las necesidades, del pueblo, de la nación, de un programa realista extraído del análisis desvelado de nuestros problemas” (Betancourt, 1941: 21).

Una vez examinadas las principales instituciones del populismo venezolano (el Estado rentista y el “partido del pueblo”), es más fácil entender la función estelar que el mismo cumpliría en el proceso de transformación nacional. Sus vertientes fueron dos: iniciar la democratización del sistema político venezolano y, a la par, impulsar la modernización económica del país. Lo que en el lenguaje populista se traduciría como el “inicio de la segunda independencia nacional” (Betancourt, 1941:19). Para ésto se haría uso de los inmensos recursos del Estado rentista. Porque en Venezuela quien controla el Estado controla el poder para modelar la sociedad. Y esto se hace particularmente verdadero cuando este poder es ejercido en el nombre del pueblo.

EL VIEJO ORDEN POPULISTA: LA REVOLUCION DE LAS EXPECTATIVAS

El 18 de octubre de 1945, el gobierno del General Medina Angarita fue derrocado por una alianza cívico-militar encabezada por un sector de oficiales del Ejército (organizados en la Unión Patriótica Militar) y dirigentes del partido AD. A pesar de la brevedad de la experiencia (1945-1948), este golpe de Estado tuvo amplias y profundas significaciones para el desarrollo del populismo en el país. Durante el llamado *trienio* se desplegó un nuevo discurso cargado de nuevos símbolos, valores y representaciones que modificaron inevitablemente el horizonte de los venezolanos, construyéndose un nuevo orden político-social. Un acontecimiento de este tipo, remplazando un orden político por otro, produjo una fragmentación de intereses sociales y de identidades de donde emergieron las condiciones necesarias para constituir los sujetos populares como fuerza determinante del nuevo estado de cosas.

Para hacer efectivo el orden populista, el discurso de la *Junta Revolucionaria de Gobierno* utilizó tres mecanismos: 1- La constitución de las identidades populares; 2- La institución de la “democracia efectiva” basada en el sufragio universal para elegir a los representantes de la voluntad popular ante el Estado; 3- Y el postulado del nacionalismo económico como garantía de que la inmensa riqueza petrolera se pondría al servicio del interés nacional (Dávila, 1992).

La constitución de las identidades populares

Si aceptamos que cada identidad social es relacional y que la condición de existencia de las diversas formas de identificación de los sectores sociales entre sí, y frente a los otros sectores, ocurre a través de la afirmación de la diferencia, es posible entender como emergen los antagonismos sociales. Más aún, el orden y la legitimidad democrática presuponen que la diferencia es constitutiva del espacio social y de la identidad de sus miembros. En el dominio de las identificaciones colectivas, como aquellas que ocurren en el seno del orden populista, lo que está en juego es la creación de un “nosotros” que

enfrente o delimite a un “ellos”. Y en esta relación nosotros/ellos existe siempre la posibilidad de que su contenido adopte la forma de una relación amigo/enemigo (en el sentido dado a la misma por Carl Schmitt, 1971: 70). Es decir, esta relación identidad/diferencia es siempre constitutiva de lo político. El antagonismo es la condición de posibilidad de lo político, y surge, entonces, cuando el otro, quien hasta entonces fue considerado como un modo de diferencia, comienza a ser percibido como negación de nuestra propia identidad, poniendo en juego nuestra verdadera existencia. A partir de este momento, cualquier tipo de relación nosotros/ellos (sea política, religiosa, étnica, económica, nacional u otra) se convierte en el lugar del antagonismo político (Mouffe, 1993: 3; Laclau, 2000). O, puesto en otros términos, toda constitución o redefinición de las identidades colectivas experimenta el establecimiento de nuevas fronteras políticas de la forma nosotros/ellos.

En consecuencia, el gran aporte que en esta materia introduce el discurso populista se refiere a la idea de que sólo interpelando a las mayorías marginadas con actos, palabras y símbolos en las que ellas sientan reconocida su identidad, serán capaces esas mayorías de comprometerse a construir el futuro que se les proponga, por oposición al ellos negador de ese futuro. La eficiencia simbólica de tal imagen se ve por lo general desplegada en los inicios del orden político populista. Y esta será la parte substantiva de su proyecto político-ideológico.

En el caso del régimen de octubre, siempre se tuvo muy presente el proceso interpelativo y su eficiencia simbólica. Escasas 24 horas luego de derrocado el régimen de Medina Angarita, Betancourt anuncia que “la determinante mayoría de los venezolanos” (estudiantes, trabajadores, campesinos, maestros, sindicatos, profesionales y federaciones de industriales) habían dado el triunfo, en unión de los hombres de armas, al nuevo orden de cosas. Comenzaba, así, a ser constituida la identidad, el nosotros de esa “determinante mayoría” frente al ellos representado por el régimen recién derrocado. El argumento lucía bastante claro: “Nosotros estamos practicando un nuevo estilo político en Venezuela... el estilo de la sinceridad y hablar franco a nuestro pueblo” (Betancourt, 1948: 8).

El llamado popular fue realizado constituyendo una identidad colectiva, difundiendo símbolos colectivos. La asonada armada, que dió al traste con el democrático gobierno de Medina Angarita, se bautizó desde un comienzo con el mote de “revolución”. Y así quedaría inscrito en la memoria de los venezolanos. Lo que ocurrió aquel 18 de octubre fue una “gloriosa revolución popular” que permitió que el pueblo y el ejército unidos abrieran nuevos horizontes para el país. Poco importa lo menguado de la participación popular, e incluso militar. Lo que importaba era el manejo simbólico del acontecimiento. El pueblo es convertido en actor social determinante de la revolución y, por supuesto, del nuevo orden político. No todos los venezolanos tendrían este privilegio, sólo serían aquellos pertenecientes al pueblo, sus hombre y mujeres, quienes definirían la dirección colectiva. Por supuesto, Betancourt mismo se ocuparía de establecer elocuentemente la diferencia, se ocuparía de constituir la relación nosotros/ellos. Su propia filiación y fe popular iría delante: “Yo estuve, estoy y siempre estaré con el pueblo y frente a sus enemigos históricos”. La experiencia iniciada aquel 18 de octubre mostraba que “somos un pueblo que está irrevocablemente resuelto a encontrar su propio camino, que está dispuesto a hacer su propia historia” (Betancourt, 1948: 287).

Este llamado optimista sería reforzado con otra identidad: la del pueblo con su partido. No en vano AD había ingresado a la arena política como “el partido del pueblo”. En consecuencia, la constitución de las identidades nacional-populares se había iniciado desde el propio momento de la fundación del partido populista (1941), cuando se había declarado *viva voce* que ya el pueblo venezolano contaba con su propio instrumento de transformación. Qué esperar, entonces, de esta identidad discursiva fundacional una vez el partido tomase las riendas del Estado rentista y el liderazgo de un gobierno revolucionario. Pues lo mínimo era la efectividad de aquella equivalencia simbólica que convirtió a AD de una organización política minoritaria, con militantes aislados a lo largo y ancho del país, en un inmenso ser colectivo: “el partido del pueblo”.⁵

El discurso revolucionario no cesaría de interpelar al redimido pueblo. La gramática de la redención era contundente: “El campesino dejó de ser un pobre agricultor y fue convertido en el militante victorioso del sindicato, porque la revolución vino a las puertas de su choza para decirle: usted es un ciudadano de Venezuela con tanto derecho a exigir reivindicaciones y justicia social como el más ilustre de los burgueses” (Rangel, 1948). Con esta interpelación discursiva que celebraba el tercer --y último-- aniversario de la gloriosa revolución nacional-popular de octubre dos cosas se ponían de manifiesto: 1- La organización política del campesinado, componente mayoritario del pueblo; 2- La constitución del campesino como sujeto democrático-popular a quien se le otorgaban muchos derechos y se le exigían pocos deberes.

El toque simbólico de este llamado era completado con la promesa de la “redención del campesino”. Y esto se haría efectivo a través del sufragio universal que permitía el voto a todos los venezolanos mayores de 18 años, sin distinciones de condición social, educación, sexo o color. Pero además las funciones de esta forma de sufragio eran múltiples: la moralización de la política, la democratización del Estado y la sociedad, la encarnación de la voluntad general y, por supuesto, la legitimación del nuevo orden político y el inicio del sistema clientelar: cambio de apoyo político por repartición de dádivas desde el Estado rentista. El populismo se convertiría en lo sucesivo en prisionero del sufragio universal y del sistema clientelar inherente. En el campo de las representaciones colectivas, de los rituales y modos de acción la eficiencia de este sufragio sería indisputable para el manejo de clientes más que para la formación de ciudadanos.

LOS ENSAYOS NEO-POPULISTAS Y EL FRACASO DEL “GRAN VIRAJE”

Si bien el momento inicial de este orden político fue más bien corto (el tiempo de un trienio), luego de superado el escollo dictatorial que significó la reacción militarista (el tiempo de una década), a partir de 1958 el populismo logró su desplazamiento hegemónico. Después de corregir ciertos errores (como aquel del sectarismo agresivo) y de limar ciertas asperezas entre las distintas fuerzas políticas y sociales presentes en el escenario nacional, las mismas lograron ponerse de acuerdo en torno a los acuerdos básicos del nuevo orden político (“Pacto de Punto Fijo”). Se inició, entonces, y durante 40 años, el control del Estado por parte de un sistema de partidos --como forma de gobierno-- que aprovecharía al máximo la dimensión populista de la política que la distribución de la renta petrolera permitía.

⁵ El desarrollo de este argumento puede verse en Dávila, 1992: 35-36.

Pero, luego del debilitamiento del ciclo rentista cuya expresión simbólica fue el famoso “viernes negro” del 18 de febrero de 1983, el orden populista comenzó a alterar su lógica hegemónica. En la medida en que las demandas sociales crecían más rápido que la capacidad del Estado para satisfacerlas --en condiciones de merma de la renta petrolera--, comenzó un proceso de fragmentación de las identidades políticas que, aunado al derrumbe ético del discurso e intenciones políticas, socavó las bases de lo que hasta la primera mitad de la década de 1980 había sido un exitoso orden económico y político.

Coyuntura-1988

De manera que para el momento de la segunda llegada al poder de Carlos Andrés Pérez (1989), el orden populista ya se encontraba en estado crítico. Durante los dos gobiernos anteriores (Herrera Campíns, 1978-1983 y Lusinchi, 1983-1988) el llamado popular no tuvo grandes ecos. Digamos que en el contexto anterior, cuatro razones se combinaban: 1- La crisis de legitimidad del sistema político. El liderazgo nacional se mostraba incapaz de generar creencia, entre los sectores populares, de las bondades de sus acciones. Muy pocos creían en los enunciados del discurso populista. Esto se hacía manifiesto en los altos niveles de abstención que registraban las diferentes elecciones. Llegándose *ad absurdum* de tener Presidentes electos por alrededor del 30% del electorado (Caldera en las elecciones de 1993). El sufragio universal, símbolo de la legitimidad del viejo orden populista, se convirtió en negocio mediático y juego retórico nutrido de falsas promesas. 2- La crisis ideológica de los partidos populistas (disfrazada con la celebración de mal llamados “Congresos Ideológicos”) manifestaba en sí misma la carencia de un proyecto político substantivo capaz de sublevar a las masas frustradas y reconstruir sus identidades. Los partidos substituyeron sus plataformas ideológicas --interpeladoras y renovadoras de las identidades nacional-populares-- por programas electorales diseñados exclusivamente para ganar elecciones cada cinco años, ni siquiera para ser ejecutados. En medio de tanto conyunturalismo, la política se convirtió más en actividad pragmática que en redefinición del horizonte político nacional. 3- A lo anterior es necesario añadir las maneras específicas a través de las cuales ocurrió el proceso de desmantelamiento del poder económico del Estado rentista: una alta magnitud de la renta petrolera (de suyo una riqueza pública) se transfirió desde el Estado a los bolsillos privados. El provento rentístico dejó de ser aprovechado para los fines de elevar el nivel material de la nación --tal como había ocurrido en el pasado al cobijo de la feliz estrategia simbolizada en la frase “sembrar el petróleo”-- para ser hecho privado por diversos mecanismos⁶. Finalmente, 4- Ocurrió la crisis del llamado modelo rentista. La caída de la renta petrolera, unida a la crisis fiscal, probó ser paradójica y extremadamente inflexible frente a la adversidad (Karl, 1994).

En suma, mientras la política rentista creó importantes expectativas, la efectividad del Estado en el ámbito del servicio popular fue aceptada sin mayores sobresaltos. Los partidos populistas dominaron la vida política y social a través de las elecciones, la sociedad civil se mostró débil y pasiva y el estilo clientelar se convirtió en la regla del sistema. Pero cuando lo económico hizo crisis, porque el capitalismo rentístico llegó a su término histórico (Baptista, 1997: 152), lo social primero y lo político luego

⁶ El proceso de corrupción fue uno de estos mecanismos. Lo cual generó conductas inescrupulosas en el ámbito de la clase política (Alvarez, 1997; Romero 1995).

siguieron aparatosamente la tendencia crítica. Cada uno con sus propios tiempos y ritmos que condujeron al colapso íntegro del viejo orden populista. Este era, entonces, la coyuntura cuando Pérez llega al poder por segunda vez.

La campaña electoral

Los mecanismos de la campaña electoral de Pérez durante el segundo semestre de 1988 desplegaron los métodos tradicionales del viejo populismo (grandes mítines y movilizaciones populares en las más importantes ciudades del país, cuñas publicitarias efectistas, programa electoral dirigido a amplios segmentos de la población, proyección del mesianismo político a través de promesas vacías para solucionar los problemas nacionales, etc.) Pero, sobre todo, la campaña se caracterizó por un estilo ambiguo que combinaba elementos nuevos con la evocación de las memorias del viejo populismo y del nacionalismo de su primer gobierno: “optimismo y un mesianismo velado fueron los elementos más importantes” (Stambouli, 1993: 119). Los efectos de este estilo fueron positivos a la hora de ganar las elecciones: “... se formaron grandes expectativas en relación a la victoria del antiguo gran distribuidor de dinero de 1970’s, Carlos Andrés Pérez, que de alguna manera podría significar el regreso a los buenos viejos tiempos de su primera administración” (McCoy & Smith, 1995: 130).

Algunas de estas expectativas se crearon también en torno a la idea de que una vez en el poder Pérez anunciaría su intención de alinear a Venezuela más cerca de aquellas naciones latinoamericanas que presionaban por una reducción de la deuda y demás políticas anti-neoliberales. En consecuencia, Pérez buscaría resolver muchos de los problemas heredados por su antecesor a través de políticas nacionalistas. Si bien durante la campaña electoral, el candidato insistió en los profundos “cambios necesarios para modernizar la economía”, su estilo siempre abrió la posibilidad de que nada era seguro en relación a sus verdaderas intenciones. Un estilo que se hacía eco del gran rasgo de ambigüedad e incertidumbre que siempre caracterizó el discurso populista. De manera que el horizonte de la “Gran Venezuela” de su primer gobierno evocaba una posible dirección a su segunda administración, ahora matizada con propuestas del tipo: disminución del papel del Estado, construcción de una economía orientada hacia la exportación, reformas descentralizadoras, privatizaciones, reformas al Estado y al sistema de partidos, entre otras.

Pérez ganó las elecciones a su más cercano contendor, el demócrata-cristiano Eduardo Fernández del Copei, con alrededor del 52% de los votos, el nivel de abstención se situó cerca del 20%. Pero, quizás, el rasgo más resaltante fue que por vez primera desde las elecciones nacionales de 1978 su partido (AD) perdió la mayoría en ambas Cámaras Legislativas, Senado y Diputado (48%)⁷, al igual que perdió el control de muchos de los gobiernos locales (Molina & Pérez, 1996: 206-207).

Retórica y política del “*Gran Viraje*”

Más allá de las expectativas despertadas durante la campaña electoral, una vez asumido el poder la nueva administración de Pérez comenzó a organizar las cosas con el propósito de implantar una economía de mercado. Las medidas adoptadas no fueron

⁷ Copei ganó 20 puestos en el Senado (43%) y 67 en Diputados (33%) *El Nacional*, Caracas, 7.12.1988, p. D-1.

mucho más drásticas que las adoptadas en otros países no sólo latinoamericanos sino también asiáticos y ex-socialistas. No obstante, el resultado fue bastante explosivo en el caso venezolano. Aquel intento por conciliar lo técnico con lo político, los intereses del mercado con los del Estado en el contexto de un orden populista y rentista se hizo imposible. Las razones: Para algunos el alto “nivel de cartelización del ámbito político al inicio de las reformas”, especialmente en el seno del partido de gobierno (AD), generó la imposibilidad de relaciones entre lo técnico y lo político (Corrales, 1997: 93). Otros argumentan en el sentido de que “se concibió un programa de ajuste para un país que no era Venezuela” (Fajardo, 1992: 36); a lo que se abona el hecho de la fortaleza de una “cultura política demasiado rentista” (Romero, 1997: 12) que impidió asimilar los cambios exigidos por una economía de mercado.

De acuerdo con Moisés Naím habían cinco áreas en las cuales los problemas más profundos se hacían evidentes, y donde la acción efectiva del gobierno era urgentemente requerida⁸: inflación represada, déficit de la balanza de pagos, déficit presupuestario, controles financieros y, finalmente, intervención del Estado. Las nuevas políticas estuvieron dirigidas desde el comienzo a enfrentar estos problemas siguiendo lineamientos “neoliberales”. El 14 de febrero, Pérez anunció el plan de ajustes consistente de una serie de medidas económicas que tomaron al país por sorpresa: “el gobierno actuó con deslumbrante velocidad” (Naím, 1993: 54). Comenzaron, pues, los intentos de imprimir una “Gran Viraje”: liberación de los precios que inmediatamente se fueron a la alza afectando notablemente los sectores populares; congelamiento de los salarios cuyas repercusiones se hicieron sentir entre los sectores medios de la burocracia estatal; incremento de los precios de la gasolina, chispa que generó las protestas; liberación de la tasa de cambio lo que produjo una devaluación de la moneda nacional; liberación e incremento de las tasas de interés, luego de años de control, buscando detener la fuga de divisas y la atracción de inversiones extranjeras lo que afectó directamente al sector agrícola; congelamiento del empleo en el sector público. Más tarde vendría un nuevo acuerdo con el Fondo Monetario Internacional con sus efectos compulsivos sobre la economía nacional.

El país estaba en presencia de una metamorfosis de la mayor importancia. Aquel Presidente Pérez de los años 1970, *bête noire* de los organismos financieros internacionales, por su acendrado nacionalismo, al asumir el poder por segunda vez estaba dispuesto --para sorpresa de los venezolanos-- no sólo a aplicar recetas neoliberales extrañas a la propia realidad histórica nacional sino a anunciar medidas de austeridad impuestas por el F.M.I. La percepción general fue que aquel paquete de medidas no era producto de negociaciones sino de un acuerdo previamente alcanzado antes de las elecciones y mantenido oculto al electorado.

Las reacciones no se hicieron esperar. El lunes 27 de febrero de 1989 bajaron violentamente los cerros de Caracas y las principales ciudades del país fueron escenario de violentas manifestaciones. La violencia y los saqueos finalizaron el 5 de marzo siguiente. Pérez intentó responder con retórica populista, reconociendo los móviles de la explosión social como una respuesta a las medidas de austeridad puestas en marcha. Intentó temperar los ánimos no sin antes sacar el ejército a la calle para reprimir la

⁸ Ministro de Fomento durante los dos primeros años del gobierno de Pérez y uno de los tecnócratas “ilustrados” quienes intentaron poner en marcha el programa de ajustes económicos en Venezuela (Naím, 1993: 48-51).

situación y hacer algunas concesiones a los deprimidos sectores populares y medios. El 27 de febrero quedó inscrito como aquel símbolo que marcó en lo social un cambio histórico decisivo en el orden rentista y populista venezolano. En lo político la fecha simbólica vendría tres años más tarde, aquel 4 de febrero de 1992, cuando sectores del ejército insurgirían sin éxito por la vía armada contra el mismo orden de cosas.

En un contexto de clientelismo arraigado, de tendencias populistas y rentistas, de tradición estatal paternalista e interventora, de políticos corruptos y de un poder legislativo inoperante era necesario limpiar no sólo los mercados (Corrales, 1997: 152) sino también --y más importante aún-- el ambiente político y social. El neoliberalismo económico buscó sustituir el intervencionismo del Estado, para imponer abruptamente las políticas del mercado sobre la tradición rentista. Y si a esto añadimos el fracaso por parte de los técnicos ejecutores de las novedosas políticas en lograr una comunicación eficaz con los factores de poder y con la sociedad, aparte de no respetar algunos de los acuerdos ya establecidos que garantizaban la gobernabilidad del sistema (el Pacto de Punto Fijo, por ejemplo), algunas de las facetas del problema se hacen claras.

Pero del lado social, esto es, del apoyo popular, las cosas lucían más complejas y, por ello, interesantes. Pérez intentó construir una suerte de neo-populismo que en esencia buscaba romper con el viejo populismo rentista. Sin embargo, se falló en no buscar un consenso social que legitimara los nuevos rumbos. Las medidas de ajuste fueron impuestas por un conjunto de condiciones externas --el impacto del colapso de los precios del petróleo de 1986, entre otros⁹-- en lugar de ser resultado de una decisión deliberada guiada y respaldada por un proyecto político-ideológico substantivo Corrales propone una explicación considerando las características concernientes al ámbito político (cuyas instituciones no estaban preparadas para asumir los costos de las reformas) y al ámbito del Estado (en cuyo seno no había mucho espacio para lograr un balance entre las relaciones técnicas y las políticas). En consecuencia: “Las instituciones del partido de gobierno estaban mejor preparadas para combatir los cambios que para asimilarlos” (Corrales, 1997: 95). Además, como fue reconocido por uno de los colaboradores del gobierno: los tecnócratas padecen deficiencias en habilidades políticas, experiencia burocrática o de capacidad comunicacional para el público en general (Naím, 1993a). Otro ministro, Miguel Rodríguez, apenas encargado del cargo, declaraba ante la TV: “yo soy un técnico, no un político”.

Pero, en general hay acuerdo en señalar que el “ajuste estructural” aplicado tanto en Venezuela como en otros países de la región se derivó del llamado “Consenso de Washington” del Presidente norteamericano George Bush promovido y desarrollado, a su vez, por las instituciones financieras multilaterales así como por los diferentes consorcios multinacionales (Anglade, 1995). En este sentido, el “Gran Viraje” de Pérez fue una tabla de salvación para el sistema populista venezolano, más que el resultado de un programa político-económico coherente con una ideología partidista. La mayoría de sus colaboradores argumentaron frecuentemente acerca de las condiciones específicas del país, pero a la hora de aplicar políticas se fueron por medidas de carácter genérico (Rosen, 1994: 27).

⁹ Hay muchas otras explicaciones acerca de la crisis económica en Venezuela (dependencia del petróleo, deuda externa, corrupción e ineficacia del aparato estatal, ausencia de un proyecto coherente de transición de la economía petrolera a una economía post-petrolera), la mayoría de las cuales depende de las posiciones ideológicas de los distintos sectores sociales, sin que exista consenso en torno a las mismas.

Además, si bien el sector tecnócrata gobernante defendió la idea de que la única opción para superar la crisis económica fue el programa de choque neoliberal, también podría argumentarse que la retórica populista empleada en la campaña electoral de Pérez contribuyó a generar la violencia del 27 de febrero al verse frustradas las expectativas populares¹⁰. Se presentó un discurso para ganar elecciones y otro radicalmente opuesto a la hora de gobernar. Quienes tuvieron bajo su responsabilidad instrumentar las nuevas políticas trataron de justificarlas diciendo que la dureza de las mismas correspondían al corto plazo, mientras que para el mediano y largo plazo se esperaba el crecimiento económico con sus efectos positivos inherentes. Sin embargo, el gobierno nunca desplegó medidas adecuadas para amortiguar su impacto sobre los sectores populares quienes soportarían la carga más dura de las mismas (la disidencia se expresaba con palabras como éstas: "...este crecimiento tiene un costo social y es producto de un *boom* externo artificial"). Además, aquel postulado, muy empleado por aquellos días, de que "la igualdad social es un subproducto del crecimiento económico", parecía ser mera retórica (cit. Fajardo, 1992: 26), porque muy pronto el "Gran Viraje", con todo y su paquete económico, se convirtió en un viraje hacia la corrupción y el favorecimiento de los grandes grupos económicos nacionales y multinacionales (Ellner, 1993: 16) como lo puso de manifiesto la crisis del sistema financiero de 1994, la más grande en la historia del país.

El vacío de las identidades colectivas neo-populistas

Dentro de esta argumentación se puede convenir que, con todo y su condición de tabla de salvación, el "Gran Viraje" fue una iniciativa coherente con la nueva ideología neoliberal por superar el modelo rentista-populista clásico. Su punto débil, sin embargo, estuvo en el hecho de ser un modelo tutelado por los organismos financieros multilaterales lo que de alguna manera influyó --unido al manejo gubernamental de la iniciativa-- para que el partido de gobierno (AD) se convirtiese en su principal crítico. A esto se añadiría el fracaso de Pérez en articular nuevas relaciones sociales en torno a las reformas. Sin apoyo del partido, con baja de popularidad y sin la constitución de nuevos sujetos populares o sin capacidad de interpelación a los ya existentes, el gobierno careció del necesario apoyo político para llevar a cabo los cambios radicales. Pérez sintió, quizás, haciendo alarde de la megalomanía que siempre ha caracterizado su acción política, que su carisma personal y popularidad bastarían para sublevar los ánimos de la nación. Pero no ocurrió así. Por el contrario, la iniciativa neo-liberal desencadenó una crisis socio-política e institucional sin precedentes en la historia reciente del país.

Si bien en cierto momento tanto AD, Copei como la CTV reconocieron el valor y la necesidad de ajustes macroeconómicos, el gobierno de Pérez terminó quedando aislado del resto de fuerzas políticas y sociales. A finales de 1991, cuando la economía registraba signos de crecimiento, AD básicamente rompió relaciones con el gobierno. Uno de sus dirigentes, Humberto Celli, señalaba: "Este gobierno no es adeco ni en sus hombres ni en sus ideas". Semejante ruptura no tenía precedentes y acaso fue el

¹⁰ "Aunque en 1991 el salario real creció y el desempleo seguía cayendo (8.7%), todo estaba detrás de las necesidades y expectativas populares que habían sido creadas por décadas", señalaba un ex- ministro del gobierno de Pérez (Naím, 1993a).

principal detonante de la incapacidad del gobierno para completar su programa de reformas (Corrales, 1997: 94, 97).

En este punto radica una de las características del neo-populismo de Pérez: la ausencia de militantes políticos en los cargos ejecutivos claves. Quienes quizás sí hubiesen tenido la experticia necesaria para manejar la opinión pública acerca de los costos de las reformas que afectaban a la sociedad. El programa de ajustes puede haber sido impecablemente diseñado desde el punto de vista técnico, pero ignorar las expectativas populares y carecer de mediadores impidió lograr el piso político necesario. El “Gran Viraje”, por el contrario, contribuyó a desarticular las viejas identidades popular-democráticas sin lograr constituir nuevos sujetos populares. El ajuste arrancó desde arriba y de paso tomó por sorpresa a la opinión pública.

El neo-populismo sin la constitución de nuevas identidades colectivas, sin la articulación de nuevas relaciones sociales, con el partido del pueblo adverso y en ausencia de consenso político estuvo condenado al fracaso. Los líderes golpistas de 1992, más bien orientaron su acción con contenidos populistas, resaltando la idea de que las élites políticas estaban de espaldas al pueblo (Philip, 1992: 469). Estas actitudes se hicieron evidentes con el sentimiento anti-Pérez de 1993 cuando la decisión de la Corte Suprema de separarle del poder. Su salida, como lo señaló uno de los jueces, “va más allá del mero hecho de corrupción: es un repudio al Pérez político” (cit. Ellner, 1993: 16). Uno de los resultados inmediatos de la crisis político-institucional causada por el fracaso del intento neo-populista fue, precisamente, la llegada de Caldera al poder por segunda vez en las elecciones de 1993. Mientras que entre los resultados mediatos es digno de mención la elección de Hugo Chávez en los comicios de diciembre de 1998, con todas las secuelas que ésta trae para el país.

ESQUEMA BASICO DEL GOBIERNO DE CALDERA

Su llegada al poder estuvo precedida por la convicción de que había que generar nuevas condiciones para la gobernabilidad democrática: hacer lo posible y casi que lo indecible para de alguna manera tratar de recomponer la estabilidad política. Y ésto a pesar de que sus alianzas no eran muy promisorias: 1- Asume el poder en medio de una ambigüedad ideológica y programática de la mayor importancia: apoyado por el anti-perecismo y por la izquierda, adversado por el propio partido que él mismo fundase 50 años antes; 2- No tiene ni partido ni equipo de gobierno coherente, sino una variedad de apoyos provenientes de los más disímiles sectores, cuyo denominador común era ser “calderistas”; 3- Su principal piso político fue su posición frente al intento golpista de febrero de 1992 y la necesidad de frenar la transición iniciada por Pérez.

De manera que su prestigio y sagacidad política se convirtieron en sus principales factores de poder. De allí el objetivo prioritario de su gobierno: lograr la estabilización política y, en cierta medida, psicológica del país. Entendidas ambas como las bases imprescindibles de la gobernabilidad económica y social. La regla de oro fue: “estabilizar ante todo”. En su programa de gobierno planteó como objetivo fundamental el inicio de “una tarea de construcción y reconstrucción”. Los signos básicos de la tarea eran cuatro: “Un carácter transformador, un carácter nacional, un carácter solidario y un carácter responsable” (Caldera, 1993: 11-13). Todo lo cual llevaría a la organización de un nuevo Estado, adecuado “a las exigencias del país por construir” (p. 29). Tres vértices serían su apoyo: un Estado institucional; un Estado solidario que garantice

seguridad y bienestar social; y un Estado descentralizado. Sobre estas bases Caldera intentaría, al igual que Pérez, colocar al país en una etapa de transición estabilizadora o de “transición pura” (Urbaneja, 1996: 407) para lo cual contó con el apoyo del poder legislativo.

Durante su campaña electoral, Caldera utilizó --como era común-- un lenguaje populista que prometía una política económica en favor del pueblo. En alarde diferenciador del Gran Viraje de Pérez, criticó el mismo, al igual que cualquier intento de tutelaje por parte del F.M.I. o del Banco Mundial. Su compromiso no sería con ninguna de estas agencias multilaterales sino con el pueblo. El símbolo de semejante actitud sería la firma de una hipotética “Carta de Intención con el Pueblo de Venezuela”. Sin embargo, la fuerza de las realidades económica y política muy pronto encaminaron al gobierno hacia la adopción de medidas anti-populares que desembocaron en un programa de ajustes --guiado por las recomendaciones de los cuestionados organismos multilaterales-- ahora llamado “Agenda Venezuela”. En su tercer año de gobierno (1996), Caldera tuvo que reeditar el plan de Pérez, con toda la connotación simbólica que esto traía: aumentó el precio de la gasolina, devaluó la moneda nacional, se comenzó a instrumentar la alianza con el capital privado en el muy sensible sector petrolero nacional, modificó el sistema de prestaciones eliminando su retroactividad. De manera que la crisis del modelo populista-rentista revertiría las reglas de formación del discurso neo-populista.

LA DESARTICULACION DE LA POLITICA

Aún cuando en su gobierno no se produjeron crisis como el estallido de 1989 o los fracasados *putschs* de 1992, la crisis generada produjo una suerte de alejamiento entre el Estado y la sociedad; o, más concreto aún, entre las organizaciones políticas intermedias y el ciudadano. Cierta grado de confusión se hizo presente en cada acto de la vida diaria, y a los dirigentes tradicionales, incluidos los partidos políticos, se les hizo cada vez más difícil reordenar el panorama¹¹. En este sentido empleo el término desarticulación de la política. Las transformaciones estructurales a las que llevó esta situación se hicieron evidentes en los distintos niveles de sociabilidad: aparición de nuevos actores, nuevas maneras de plantear el debate público y un conflicto estructural en el seno de la sociedad que se caracterizó por la insatisfacción, el resentimiento y, por veces, la irracionalidad.

En este contexto, la crisis del viejo y del nuevo discurso populista, y de sus instituciones, se convirtió en factor decisivo para replantear muchos de los problemas que acosaban a la sociedad venezolana. Hubo quienes concentraron la atención en el problema ético, signado por el desorden, la ineficiencia y la corrupción. Flagelos que se confunden en un todo y en el fondo impedían la reconstrucción de la política y, en general, de la sociedad. Menguado el sostén del subsidio petrolero, los propios partidos populistas hegemónicos (AD y COPEI) contribuyeron con esta situación en la medida en que se convirtieron en prolongaciones del Estado, sin capacidad para autorenovar su discurso y continuar siendo atractivos para la sociedad (Castro Leiva, 1998: 1-4).

¹¹ Interpretación compartida, por lo general, por analistas y hacedores de opinión (*El Universal*, Caracas, 7.6.98, p. 1-4).

Otros discutieron las relaciones entre lo social y lo económico a la luz del inmenso problema político que media entre ambas variables. Se proponía la construcción de nuevos conceptos y consensos que posibilitasen las condiciones para ampliar las iniciativas, desarrollar el potencial de la sociedad y darle lustre al modelo democrático instaurado en 1958 (Vivancos & España, 1993).

La retórica neo-populista se hizo tan ambigua --siempre lo había sido-- que aún en el uso de novedosas expresiones, tales como globalización, apertura económica, privatización, descentralización, etc., éstas aparecían como simples piezas verbales sin mayor contenido, eran significantes vacíos intercambiables de interlocutor en interlocutor. Con cierto tono demagógico y en intento por apaciguar el temporal con bálsamo interpretativo, el propio Presidente Caldera se pronunció públicamente “contra el populismo”¹². Consideró que los grandes problemas sociales como la pobreza o la inflación debían ser enfrentados con más realismo que retórica. Y recordó que el “populismo fue una moda que tuvo éxitos en su momento, pero produjo, a la larga, mayores dificultades”. Quedaría por saber que entendía por “populismo, como moda” este reconocimiento oficial, en momentos en que la democracia a la venezolana perdía su encanto como sistema y veía debilitada su legitimidad como orden político.

EPILOGO: ¿RESURRECCION DEL VIEJO ORDEN POPULISTA?

La lógica neo-populista mostró fragilidad y limitaciones a la hora de constituir nuevas identidades colectivas en torno a sus enunciados y de construir nuevas reglas de articulación política. Y por si esto fuese poco sus instituciones básicas --el Estado Rentista y el Partido Político-- entraron dentro de esa lógica en franca crisis. El discurso de Caldera, con todo y su ingrediente social (ausente en el Gran Viraje de Pérez) de “solidaridad”, “seguridad” y “bienestar social” no pudo hacer frente a la crisis económica, tampoco al profundo descrédito del liderazgo social tradicional. De allí el rechazo popular a adherirse a los caducos postulados de la democracia “puntofijista”. Era un hecho que el desprestigio del partido político nunca había llegado tan bajo desde 1958 (Caballero, 2000: 129). Se trataba, entonces, de la pérdida de capacidad interpeladora de las viejas organizaciones políticas. En el plano político-electoral esta situación se expresó en los crecientes niveles de abstención (45%)¹³, así como en la atracción que ejercieron en su momento individualidades provistas de retórica anti-partido al estilo de Hugo Chávez, Irene Sáez o Henrique Salas.

A pesar de esta realidad, los partidos hegemónicos, como AD y COPEI, se aferraron a su pasado, se volcaron a tratar de rescatar esa inmensa red de intereses y a insistir en su estilo de hacer política. Poco importaba que este fuese repudiado en cada elección. Si los candidatos propios no servían, entonces se acudía oportunamente a figuras carismáticas, con cierta capacidad mediática, que permitirían construir el simulacro. Los actores del viejo sistema político se empeñaron en trancar sus oportunidades. Lo cual abonó el camino para la insurgencia --ahora democrático-popular y no por la vía golpista-- de Hugo Chávez y su Movimiento V República. El viejo populismo

¹² *El Universal*, Caracas, 24.4.98, pp. 1, 1-16.

¹³ Interpreto la abstención como un fuerte rechazo al desempeño de los gobiernos desde al menos 1983. Justamente, el abstencionismo coincide con el período de mayor malestar social, 1983-1998 (devaluación, inflación, corrupción, explosión social, intentonas golpistas, crisis financieras). Más aún, a pesar de que en las elecciones del 6 de diciembre de 1998 la victoria de Chávez fue aplastante (57% contra 40%), la abstención se situó cerca del 40% (Molina & Pérez, 1999: 90).

venezolano habiendo completado exitosamente, por demás, su proyecto político-ideológico substantivo, fracasó en renovarse. A pesar de algunos rasgos distintivos entre el viejo y el nuevo populismo, su lógica se mantuvo invariable: la reconciliación con el pueblo en la hora electoral. En cierto sentido, puede decirse que la resurrección del orden populista, que parece estar ocurriendo en estos eufóricos y bolivarianos días, fue animada, cual Ave Fénix, por las propias cenizas del viejo régimen en su afán por una renovación que nunca llegó.

REFERENCIAS

1. **Alvarez, A.** (Ed.) El sistema político venezolano: Crisis y transformaciones. Caracas, U.C.V., 1996.
2. **Alvarez, A.** Los dineros de la política. Competencia en el mercado político e intervención del Estado. Caracas, U.C.V., 1997.
3. **Anglade, C.** El nuevo consenso de Washington y su relevancia para América Latina *Revista Venezolana de Ciencia Política* 10(mayo-agosto), pp. 7-42, 1995.
4. **Arvelo, A.** El dilema del chavismo en el poder. Caracas, Catalá, 1998.
5. **Baptista, A.** Teoría económica del capitalismo rentístico. Economía, Petróleo y Renta (pról. Bernard Mommer). Caracas, ediciones IESA, 1997.
6. **Betancourt, R.** Carta de R.B. a Valmore Rodríguez, fechada 15.8.1932, en Libro Rojo del General López Contreras. La verdad de las actividades comunistas en Venezuela, Caracas, Ediciones Centauro, 3a edición, 1975 (1936)
7. **Betancourt, R.** *Acción Democrática* y los problemas económicos de la nación: Discurso de Rómulo Betancourt en el acto de instalación del partido, 13 de septiembre de 1941, en Naudy Suárez F. (comp., introducc. e índices). Programas políticos venezolanos de la primera mitad del siglo XX., vol. 2. Caracas, U.C.A.B., 1977.
8. **Betancourt, R.** Conferencias pronunciadas en Venezuela y en el exterior durante el ejercicio de la Presidencia de la Junta Revolucionaria de Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela. Caracas, Imprenta Nacional, 1948.
9. **Caballero, M.** La gestación de Hugo Chávez. 40 años de luces y sombras en la democracia venezolana. Madrid, Catarata, 2000.
10. **Caldera, R.** Respuestas a la crisis. Bases para la obra de gobierno de Rafael Caldera, Caracas, 1993.
11. **Cammack, P.** The resurgence of populism in Latin America *Bulletin of Latin American Research*, 19(2), pp. 149-161, 2000
12. **Canache, Damarys J. & Michael R. Kulisheck** (eds.) Reinventing Legitimacy: Democracy and Political Change in Venezuela. Westport, CT, Greenwood Press, 1998.
13. **Canovan, M.** Populism. Londres, Junction Books, 1981.
14. **Castro Leiva, L.** La liviandad de la legitimidad *El Universal*, Caracas, 24.4.98.
15. **Corrales, J.** El Presidente y su gente. Cooperación y conflicto entre los ámbitos técnicos y políticos en Venezuela, 1989-1993 *Nueva Sociedad* 152(nov.-dic.), pp. 93-107, 1997.
16. **Crisp, Brian F. & Daniel H. Levine.** Democratizing the Democracy? Crisis and Reform in Venezuela *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 40(2), pp. 27-61, 1998.
17. **Dávila, L.R.** El imaginario político venezolano. Ensayo sobre el trienio octubrista, 1945-1948. Caracas, Alfadil, 1992.
18. **Di Tella, T.** Populism and Reformism in Latin America, en C. Véliz (ed.). Obstacles to Change in Latin America. Oxford, Oxford University Press, pp. 47-64, 1965.
19. **Ellner, S.** Populism in Venezuela, 1935-1948: Betancourt and the Acción Democrática, pp. 130-145, en M. Conniff (ed.), Latin American Populism in Comparative Perspective, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982.
20. **Ellner, S.** A Tolerance Worn Thin. Corruption in the Age of Austerity *NACLA. Report on the Americas* 27(3), pp. 14-17, 1993.

21. **Fajardo, V.** El colapso del paquete económico: causas, efectos y perspectivas, Venezuela 1989-1992 *Cuadernos del Cendes* 20(mayo-agosto), pp. 27-52, 1992.
22. **Germany, G.** Política y sociedad en una época de transición: De la sociedad tradicional a la sociedad de masas. Buenos Aires, Paidós, 1962.
23. **Gómez, J.V.**, Mensaje del Presidente de la República al Congreso Nacional en 1909 *Mensajes Presidenciales*, vol. III, 1891-1909. Caracas, Presidencia de la República, 1970
24. **Gott, R.** In the Shadow of the Liberator. Hugo Chávez and the Transformation of Venezuela. Londres, Verso, 2000.
25. **Hidalgo, M.** Consolidación, crisis y cambio del sistema venezolano de partidos *Politeia* 21, pp. 63-104, 1998.
26. **Karl, T.L.** The Paradox of Plenty: Oil Boom and Petro States. California, Universidad de California, 1994.
27. **Laclau, E.** Politics and Ideology in Marxist Theory. Londres, New Left Books, 1977.
28. **Laclau, E.** La guerre des identités. Grammaire de l'emancipation. París, La Découverte, 2000.
29. **Mackinnon, M.M. & Petrone M.A.** (Comp.) Populismo y Neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta. Buenos Aires, Eudeba, 1998.
30. **McCoy, J.L. & W.C. Smith.** Democratic Desequilibrium in Venezuela *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 37(2), pp. 128-161, 1995.
31. **Molina, J. & C. Pérez.** Los procesos electorales y la evolución del sistema de partidos en Venezuela, en A. Alvarez (coor.), pp. 193-238, 1996.
32. **Molina, J. & Pérez, C.** La democracia venezolana en una encrucijada: Las elecciones nacionales y regionales de 1998 *Cuestiones Políticas*, 22, pp. 75-106, 1999.
33. **Mommer, B.** La cuestión petrolera. Caracas, Fondo Editorial Tropikos, 1986
34. **Mouffe, C.** The Return of the Political. Londres, Verso, 1993.
35. **Naím, M.** Launching Radical Policy Changes, 1989-1991, en J.S. Tulchin & G. Bland, Venezuela in the Wake of Radical Reform, Boulder, Lynner Rienner, pp. 39-94, 1993.
36. **Naím, M.** Paper Tigers & Minotaurs. The Politics of Venezuela's Economic Reforms. Washington, The Carnegie Endowment for International Peace, 1993a.
37. **Petkoff, T.** La Venezuela de Chávez. Una segunda opinión (Libro hablado con Ibsen Martínez y Elías Pino Iturrieta). Caracas, Grijalbo, 2000.
38. **Philip, G.** Venezuelan Democracy and the Coup Attempt of February 1992 *Government and Opposition* 27(4), pp. 461-471, 1992.
39. **Rangel, D.A.** Discurso ante el Congreso Nacional de Venezuela *El País*, Caracas, 19.10.1948.
40. **Romero, A.** Corruption as Political Myth and Symbol: The Case of Venezuela, Miami, Universidad de Miami, 1995.
41. **Romero, A.** 'Rearranging the Deck Chairs on the Titanic': The Agony of Democracy in Venezuela *Latin American Research Review*, 32(1), pp. 7-36, 1997.
42. **Rosen, F.** The Temperature Rises in the Crucible of Reform *NACLA. Report on the Americas* 27(5), pp. 25-28, 1994.
43. **Schmitt, C.** The Concept of the Political. Londres, Rutgers, 1971.
44. **Sosa, A.** Estado y democratización en Venezuela *SIC* 506(mayo), pp. 249-253, 1988.
45. **Stambouli, A.** An Evaluation of the First Year of Government of Carlos Andrés Pérez, en J.S. Tulchin & G. Bland, Venezuela in the Wake of Radical Reform. Boulder, Lynne Rienner, pp. 119-124, 1993.
46. **Urbaneja, D.B.** Esquema interpretativo del actual período de gobierno, en A. Alvarez (coor.), Caracas, U.C.V., pp. 407-418, 1996.
47. **Vivancos, F. & España, L.P.** La crisis que nos falta por recorrer. Prospectiva social de Venezuela 1992-2005. Caracas, Nueva Sociedad, 1993.
48. **Vivas, L.** Chávez la última revolución del siglo. Caracas, Planeta, 1999.
49. **Welsh, F. & Carrasquero, J.V.** ¿Desconsolidación de la democracia en Venezuela? Rendimiento y legitimidad normativa *Cuestiones Políticas* 16, pp. 45-69, 1996.

